AÑO XXIII. NUM. 18.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Camisa de dormir para señora.—Camisa escotada con muceta.—Camisa para niña.—Camisa con hombrera para señora.—Camisola con faltriqueras.—Paletot con capucha.—Cófia para dormir, con fondo en forma de estrella.—Delantal para camarera.—Guerreros de buen olfato.—Grabado de modas.—El homicida.—A la Vírgen María.—La mar.—Las dos perlas.—Aereostacion.—Problemas de ajedrez.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Los patrones de camisas no figuran en el patron á todo su largo; este se completa continuando en el medio del cuerpo de la camisa, *en linea recta*, la linea compuesta de rayitas, hasta la dimension necesaria á su objeto; las lineas que indican las *costuras de los costados*, se continuan *al sesgo*; para mayor seguridad, todas las lineas que hay que *completar* se indican por medio de una flecha, cuya punta señala la direccion del largo que ha de completarse.

En todas las piezas que se dan en *mitad* se coloca la tela *al hilo* sobre la linea que marca el medio, á fin de cortar aquellas piezas de un solo pedazo.

Las costuras, dobladillos, etc. no se comprenden en el patron y es necesario dejar de mas á este efecto la tela precisa.

Camisa de dormir para señora.

Figuras 32 á 36 del patron.

Esta camisa se adorna con entredoses y encages de Valenciennes, los que pueden sustituirse, si se quiere hacer aquella menos rica, con entredoses bordados, ó con tiras lisas pespunteadas por un lado y otro.

La muceta se compone de entredoses separados por bullones de percal fino ó batista. Esta muceta se orla, así como la abertura del cuello, con un encage de Valenciennes, ó con una guarnicion festoneada, si se suprimen los entredoses de encage. Un encage igual guarnece el dobladillo del pecho, á cuyos dos lados se colocan dos entredoses, orlados cada uno por un pliegue. Esta especie de pechera se pespuntea, en su borde inferior, sobre una tira doble de percal ó batista.

Nuestro modelo tiene desde la sisa hasta el borde inferior, 1 metro y 8 centim.s de largo, y este borde tiene dos metros y 38 centim.s de ancho. Se corta el *cuerpo delantero* por la fig. 32, y el de detrás por la 34, dándoles el largo que se quiera; sobre la fig. 35 (muceta de detrás). Se cortan dos pedazos iguales (tela y forro). En el *cuerpo de delante* se hallarán dos lineas finas y dobles, entre las cuales se cortará la tela para formar la abertura que separa la pechera de la parte inferior de la camisa. Desde la abertura hasta el borde superior de esta se hará el pliegue que se representa *ya cosido* en la fig. 32, este pliegue tiene centim.o y medio de ancho. La tela que queda todavía entre el pliegue y la abertura se quita, y luego se reemplaza por los entredoses y dobladillo. La muceta se arregla por la fig. 33, excepto el dobladillo y los entredoses que van unidos á él, que se pegan mas adelante. Para cada uno de los bullones se corta, en percal fino ó batista, una tira recta del ancho indicado en el patron, pero *por lo menos una mitad mas* de largo; se fruncen estas tiras, se distribuyen los fruncidos y se unen los bullones y los entredoses por puntos sumamente pequeños. Así preparada la muceta se cose L con L hasta M con M, al borde superior del delantero de la camisa que se ha fruncido desde el punto hasta la estrella. La muceta se pega tambien desde M al pliegue ancho de la pechera; desde este pliegue hasta N no hay costura. El encage de Valenciennes que orla la muceta tiene 3 ó 4 centim.s de ancho, y sobre él se pone una tira estrecha al sesgo, pespunteada sobre la muceta y la camisa. Uno de los dobladillos del pecho lleva ojales, y en el opuesto se ponen los botones que son pequeños y de lienzo.

CAMISA DE DORMIR PARA SEÑORA.

El *cuerpo* de detrás se frunce por su borde superior desde el centro hácia cada lado, hasta la cruz; se le coloca entre la tela y el forro de la muceta de detrás, O con O,—cruz con cruz,—P con P; la muceta de detrás y la de delante se unen en el hombro desde R hasta Q, pespunteando la tela de aquella sobre la de esta, y haciendo un dobladillo en la muceta de detrás por el revés de la camisa. Debajo del brazo se juntan espalda y delantero desde la S de la linea de las costura del costado hasta el borde inferior; en seguida se hace el dobladillo ancho inferior. Luego se pone el encage del cuello.

La fig. 36 representa la mitad de la manga unida al manguito. Se corta la manga poniendo la tela al sesgo sobre la linea del medio; se la escota debajo del brazo (advertimos que equivocadamente la linea del medio de la manga, en lugar de componerse, como siempre, de rayitas, va formada por los signos empleados para las costuras de la figura 36). El manguito es semejante á la muceta y se hace con bullones estrechos y entredoses. Despues de haber cosido la manga tela con tela desde T hasta U, se la pega al manguito, siempre con una tira al sesgo y pespunteada. En el borde superior se frunce la manga en el medio desde la estrella hasta el doble punto, luego se la coloca en la sisa T sobre la T de la fig. 32,—la estrella sobre la R de la muceta; por detrás la manga se cose entre la tela y el forro de la dicha muceta.

Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones.

© Biblioteca Nacional de España

Camisa para niña de 10 á 12 años.

Figuras 18 á 21 del patron.

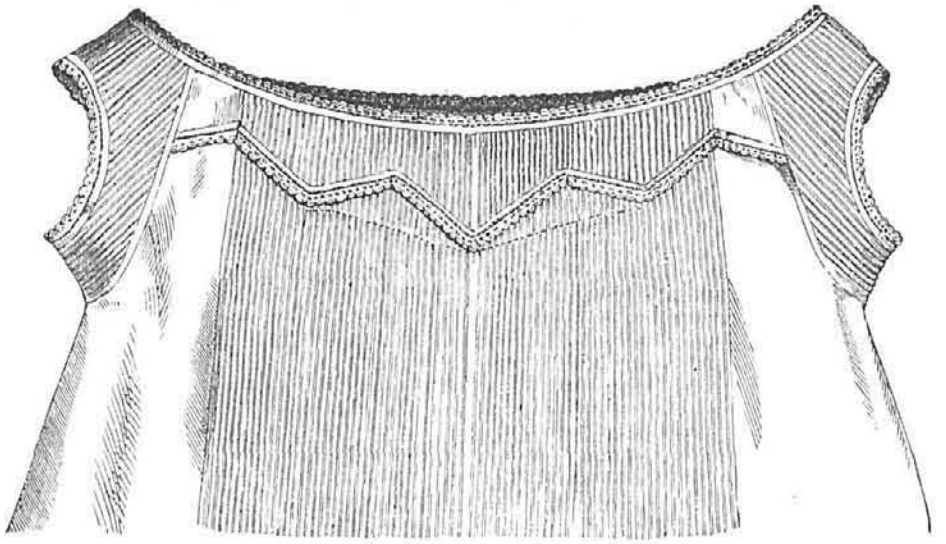
Nuestro modelo, que es de percal, tiene, desde el hombro, 88 centím.s de largo; el borde inferior, guarnecido de un dobladillo de 4 centím.s, es de 1 metro y 42 centím.s: en uno de los lados solamente se hallan dos nesgas, las cuales tienen 9 centím.s de ancho en su borde inferior, y junto á la sisa 1 centím.º y medio de ancho. La fig. 18 es el cuerpo de delante, la fig. 19 el de detrás: ámbas se cortan de un solo pedazo si se quiere. Despues de haber puesto las dos puntas, se cosen uno á otro los cuerpos en el lado, *g* con *g* hasta el borde inferior. Se hace la abertura señalada en el medio de la fig. 18, y se orla el lado izquierdo de esta con una tira al hilo de 1 centím.º de ancho. El lado derecho de aquella se guarnece, como el escote, con una tira festoneada; antes de ponerla, se frunce el delantero desde la abertura hasta la estrella, la espalda desde el punto, y se coloca la tira del escote (cortada por la fig. 20), por delante *h* con *h*,—estrella con estrella,—por detrás, punto con punto,—*j* con *j*. Este escote se guarnece con una tira de percal festoneada, y se pone sobre una de las líneas finas de la fig. 20 una tira pespunteada al hilo, de modo que la camisa se cosa entre estas dos tiras. En la abertura (lado derecho) se coloca la tira festoneada que rodea una tira al hilo pespunteada. Se la pone cruz con cruz, se hacen en ella los ojales indicados, y en el lado opuesto se sitúan los correspondientes botones.

Se corta la manga de una sola pieza, con arreglo á la fig. 21; se cose cara con cara desde *g* hasta *k*, se la festonea en su borde inferior, y se la cose en la sisa *g* con *g*,—*l* con *l*.

Camisa de dormir para niña de 9 á 12 años.

Figuras 37 á 43 del patron.

Nuestro modelo, hecho de percal fino, tiene, desde la sisa, 65 centím.s de largo; lleva en cada lado dos anchas nesgas que se extienden hasta debajo del brazo, completando el ancho del borde inferior, que es de 1 metro y 80 centím.s Se corta el delantero por la fig. 37, y la espalda por la fig. 38, cada uno de un solo pedazo, dejando de mas lo bastante para un dobladillo de 3 á 4 centím.s Se cosen juntos delantero y espalda en el costado, desde *a* hasta lo bajo de la camisa. El delantero tiene en el medio una abertura de 28 centím.s desde el cuello; en su lado derecho se hace un dobladillo de 2 centím.s de ancho, y dos ojales, uno en el medio y otro arriba; en el lado izquierdo se coloca una tira para formar otro dobladillo que lleva los botones. El de los ojales se cubre con una tira recta festoneada por ámbos lados, y si se quiere, con un ligero bordado en su centro. La fig. 37 da el largo y el ancho de esta tira, así como su dibujo. En cada lado de la abertura se hacen 6 pliegues pequeños marcados en el patron, desde el hombro, por líneas finas. Se cosen juntas las dos líneas que llevan el n.º 1, luego las que llevan el 2, 3, 4, y así sucesivamente, haciendo la costura de modo que el pliegue quede hueco; se igualan la abertura del cuello y la línea del hombro, que han quedado irregulares al formar los pliegues, y se coloca la pieza del hombro (fig. 39); esta pieza va forrada y debe ponerse por delante desde *b* hasta *c*,—por detrás desde *d* hasta *e* sobre la camisa; este lado de detrás se ha fruncido desde el punto, y queda lisa desde el punto hasta *d* en cada lado. El cuellecito (fig. 40) es de tela doble desde la abertura del cuello hasta el bordado. Se cose entre los dos *dobles* (con costura á punto de espina) la parte bordada sobre la tela sencilla. Se fija el cuello por una costura en dobladillo, desde *f* hasta *g*. La manga se corta de un solo pedazo por la fig. 41; se cose una cara con otra desde *h* hasta *j*; se deja en ella una abertura con dobladillo desde *j* hasta *k*, que se frunce en su borde inferior desde la cruz. El espacio comprendido entre la *k* y la cruz permanece plano por cada lado. La fig. 42 indica el largo y el ancho del puño, que es doble. Entre ámbas telas del puño se pone por un lado *l* con *l*,—*k* con *k*, la manga fruncida; por el otro *m* con *m*,—*n* con *n*, el manguito preparado con arreglo á la fig. 43. Este manguito se hace de tela sencilla (no forrada) y se adorna como el cuello; en el puño (fig. 42) se hacen los ojales y se ponen los botones. —Al coser la manga en la sisa, la costura *h* de la manga debe encontrarse con la letra *h* de la figura 37.



CAMISA ESCOTADA CON MUCETA PLEGADA, PARA SEÑORA.

na con pliegues, cuyo ancho y separacion se indican en la fig. 16, la cual representa la forma de cada mitad de la camisa (despues de hechos los pliegues), desde el borde superior hasta la guarnicion dispuesta en festones. Esta fig. 16 debe encontrarse *a* con *a*,—estrella con estrella,—*b* con *b*,—*c* con *c*, con la fig. 15, la cual es la mitad de la camisa *antes* de hacer los pliegues. En el delantero se cose la guarnicion bordada (fig. 16) empleando una tira al sesgo pespunteada, de medio centím.º de ancho; se unen luego espalda y delantero, en el costado, desde *d* hasta el borde inferior, en el que se hace un dobladillo de 2 á 3 centím.s

La manga se compone de dos partes iguales cortadas por la fig. 17; está enteramente plegada, luego se juntan las dos partes desde *d* hasta *e*,—desde *f* hasta el doble punto; se guarnece la manga con una tira bordada sujeta por otra pespunteada. La manga se pega á la espalda y al delantero, *b* con *b*,—hasta *d* con *d*.

El borde superior de la espalda se frunce: se aprietan los fruncidos hasta que esta tenga la misma extension que el delantero plegado. Al distribuir los fruncidos se pespuntea sobre el escote una tira bordada, cuyo ancho indican las fig.s 16 y 17. En la espalda esta guarnicion lleva dobladillo, como se indica en el mismo patron.

Camisa escotada para señora, con hombrera que se abre si se quiere.

Figuras 12 á 14 del patron.

La espalda y el delantero se abotonan en el hombro y pudiéndose así separar cuando se quiera, forman un patron muy cómodo para trages de corpiño escotado. El entredos de encage se pone sobre un dobladillo falso, pudiendo suprimirse este sustituyendo aquel entredos con un bordado. En este caso puede sustituirse el encage de Valenciennes con una guarnicion bordada, ó simplemente festoneada. De todos modos tendrá 3 centím.s de ancho.

La fig. 12 servirá para el delantero y para la espalda, porque estas dos partes se diferencian solo en su borde superior, segun se indica en la fig. 12. Cada parte de estas se corta de una sola pieza. En cada lado de la camisa, cuyo ancho es de 1 metro y 72 centím.s, se hallan dos nesgas que llegan hasta su mitad; el largo depende de la estatura de la persona. Se cosen juntas ámbas partes en los costados, desde U hasta el borde inferior, en el cual se hace un dobladillo mas ó menos ancho.

Para cada manga se cortarán dos pedazos por la fig. 13; se cosen uno con otro desde U hasta W, y

Camisa escotada con muceta plegada, para señora.

Figs. 15 á 17 del patron.

Se hace de percal ó lienzo fino, y se guarnece con tiras estrechas bordadas;—el delantero va plegado; no tiene abertura, y estos pliegues tienen hácia el medio, por delante 16 á 18 centím.s de largo. —Desde allí están libres. Encima de ellos va una guarnicion bordada formando puntas.

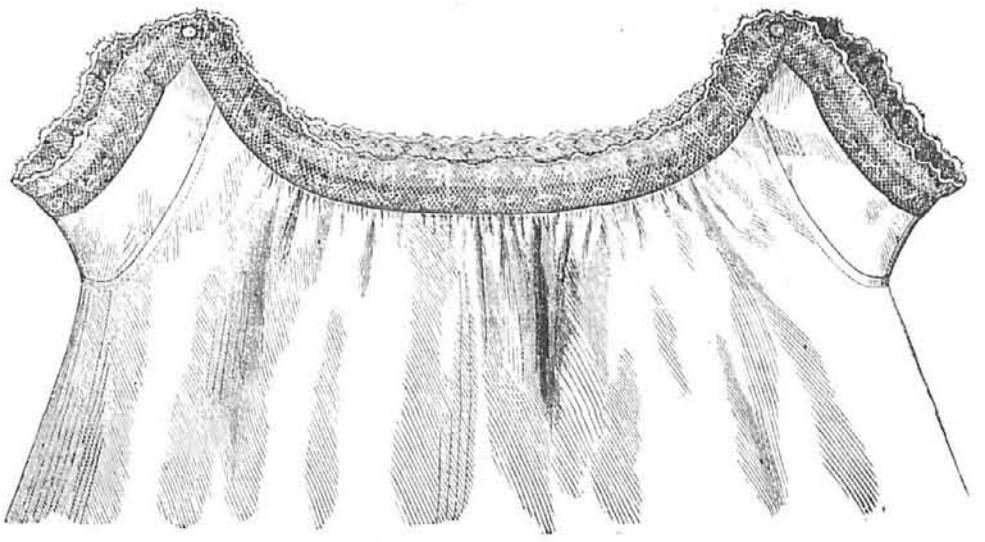
La espalda y el delantero se cortan por la fig. 15; el delantero se ador-

CAMISA PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.

CAMISA PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.

© Biblioteca Nacional de España

se guarnece la manga con un borbado colocado en el espacio dividido por una línea fina, á menos que no se prefieran los adornos de entredoses de encage. La manga queda abierta; se la cose U con U hasta V con V por delante y por detrás. La fig. 14 es la mitad de la tira del escote cortada en punta á cada extremo, con un ojal; en el medio de esta punta se cose una nesga para formar una puntita. La tira del escote de detrás permanece en línea recta, y sus extremos, no cortados en punta, llevan un boton. Se frunce el borde superior de la espalda y del delantero, y se deja por cada lado el espacio comprendido entre la cruz y la punta del hombro sin fruncir. Se colocan en seguida las tiras del escote; la de delante debe coserse Y con Y,—V con V,—X con X; la de detrás se colocan del mismo modo.



CAMISA ESCOTADA PARA SEÑORA, CON HOMBRERA QUE SE ABRE SI SE QUIERE.

Camisola con faltriqueras.

Figura 25 á 31 del patron.

Se ejecuta en percal, y se adorna con tiras al sesgo cosidas á punto de espina: cada delantero lleva una faltriquera.

Los delanteros (fig. 25) se disponen en pliegues pequeños; los cuatro primeros de cada uno se prolongan hasta el borde inferior, y figuran en el patron como hechos ya; es menester, por tanto, al cortar la camisola, dejar de mas la tela necesaria para estos cuatro pliegues, así como los dobladillos indicados. Los otros pliegues forman una especie de muceta terminada por una guarnicion festoneada; estos pliegues se marcan en el patron (figura 25) por líneas finas designadas con puntos y cruces. Se cosen juntas dos líneas que lleven el mismo signo; luego esta costura se desliza por debajo del pliegue; las costuras de los pliegues comienzan en el cuello y terminan en el sitio en que se pone la guarnicion festoneada. — Cuando todos los pliegues se han terminado, los delanteros tienen la forma representada en la fig. 26. Si se quiere simplificar el patron, se suprimirán los pliegues, y se *cortarán los delanteros por la figura* 25, sustituyendo la guarnicion festoneada por una simple tira al sesgo pespunteada. Por consiguiente las letras C,—D,—E de la figura 26 deben encontrarse con las mismas letras del patron (fig. 25). La guarnicion puesta en el extremo inferior de los pliegues se compone de dos tiras de nansouk festoneadas, cada una de un centim.° de ancho, fruncidas y reunidas por medio de una tira estrecha al sesgo, y fijada por puntos de espina. En el delantero de la derecha se pone el *ancho dobladillo, despues de haberlo* rodeado con una tira festoneada semejante á la anterior en todo. En este dobladillo se hacen muchos ojales, y se ponen botones en el opuesto, que no lleva adorno ninguno.

La espalda (fig. 27) se cose con el delantero debajo del brazo desde A hasta B; se pespuntea en el hombro desde C hasta D; todas las costuras se cubren por el revés con una tira estrecha de percal. El cuello recto se corta entero por la fig. 28 en tela doble, y se guarnece al rededor con una tira festoneada, y tiras pequeñas al sesgo con puntos de espina. Se cose el cuello al escote, E con E, — F con F; por fuera de esta costura se pone una tira al sesgo con puntos de espina, mientras por el revés se la cubre con una tira estrecha.

La manga se corta de una sola pieza por la figura 29. La fig. 30 representa la mitad del puño recto, en el que se hacen 12 pliegues pequeños. Se reune el puño á la manga, cuyo borde inferior se ha fruncido de modo que se junten las letras G con G,—H con H. Esta costura se cubre con una tira adornada de puntos de espina; se cosen las dos caras de la manga (incluso el puño) desde I hasta G, — desde G hasta K, y sobre el borde del puño y su costura se pone una guarnicion festoneada y una tira con puntos de espina. Además el puño se adorna con una especie de presilla compuesta de una tira al sesgo de tres cuartos de centim.° de ancho, rodeada por una guarnicion festoneada (véase el dibujo). El borde superior de la manga se pliega; para hacer estos pliegues se pone la *cruz 1 sobre el punto* 1,—*la cruz* 2 sobre el punto 2,—la cruz 3 sobre el punto 3. Al colocar la manga en la sisa, la letra J debe encontrarse con la misma letra del delantero (fig. 25).

La fig. 31 representa una de las faltriqueras.

Se las prepara y se guarnece en la misma forma que se ha hecho con los puños.

CAMISA ESCOTADA.

Camisola con adornos de tiras pespunteadas.

Figuras 1 á 7 del patron.

Este modelo es de percal fino; las tiras son de la misma tela y se cortan al sesgo.

La fig. 1 (delantero) se dobla dos veces sobre sí misma; la fig. 2 (mitad de la espalda) se dobla una vez. Los costadillos doblados deben cortarse separadamente, y luego unirlos al patron. — El delantero se adorna por series de tres pliegues estrechos, separados por tiras pespunteadas dispuestas en cuadros. Las líneas marcadas por puntos y cruces se cosen juntas (buscando dos signos iguales), y se procede como se ha dicho para la camisola con faltriqueras. Es menester hacer estos pliegues enteros, despues se pliegan de modo que sus costuras se hallen en el medio por debajo. El dobladillo de delante se añade al delantero de la derecha; se le pespuntea sobre las dos líneas de puntos.

Se cosen espalda y delantero juntos debajo del brazo desde A hasta B, haciendo una costura en dobladillo. En el hombro se pespuntea el delantero desde C hasta D sobre la espalda, y se cubre esta costura con una tira. La fig. 3 representa la mitad del cuello. Se le hace el pespunte, se le recorta por su contorno exterior, y se le fija en el escote E con E, hasta F con F, empleando un vivo.

La manga (*fig. 4*) *se frunce por* abajo; se la cose H con H, — estrella con estrella entre los dos *dobles* del puño (la fig. 5 representa la mitad de este). Se cosen juntos manga y puño desde G hasta J. Al hacer esta costura se frunce la manga en el

CAMISOLA CON FALTRIQUERAS.

CAMISOLA CON ADORNOS DE TIRAS PESPUNTEADAS.

© Biblioteca Nacional de España

espacio comprendido entre la cruz y el puño, de modo que el largo de esta costura sea solo de 38 centím.s y medio. La fig. 6 es la mitad del manguito, que se adorna como el cuello. Se le reune al puño J con J,—punto con punto, empleando un vivo. La presilla de la manga (fig. 7) se fija encima del manguito. Se encuentra sobre este un punto rodeado de un círculo, sobre el cual se ha de colocar el signo igual de la presilla. Se reunen tambien los sitios señalados con cruces. Los tres puntos superiores de la presilla se cosen sobre la manga; al colocar esta en la sisa, la letra G debe encontrarse con la misma letra de la fig. 1.

Camisa escotada.

Nuestro dibujo presentará una variacion para la *camisa con hombrera, abriéndose si se quiere*. Si se desea suprimir los entredoses de encage se ejecutará la guarnicion representada en este dibujo, y que se compone de tiras de batista inglesa, detrás de las cuales se aplica un adornito cualquiera hecho de nansouk tupido, cuyos contornos se pespuntean por el derecho sobre la tira de batista.

Cófia de dormir con fondo en forma de estrella.

Figura 24 del patron.

Esta figura representa la mitad de una cófia original é *higiénica*, puesto que las seis presillas de que se compone el fondo (en el medio del cual se abotonan) permiten que el aire circule en el cabello. Las presillas son festoneadas. Nuestro modelo se hace de género fino de hilo.

Se corta la cófia de un solo pedazo, poniendo la

CÓFIA DE DORMIR CON FONDO EN FORMA DE ESTRELLA.

tela recta y al hilo sobre la línea del medio superior. Despues de haber festoneado todo el contorno exterior, se hace un ojal en cada una de las 5 presillas, y en la 6.ª se pone un boton. Se cose luego la cófia (costura en dobladillo) sobre la línea que indica la costura de detrás; se pone una cinta ó una tira del mismo género para formar la jareta, por la que se pasan dos cintas estrechas que se hacen salir por el ojete ya indicado. Las bridas que pueden ser de percal, tienen 44 centímetros de largo y 3 de ancho cada una; se las cose en el sitio señalado por una línea doble.

Cófia de dormir con ala.

Figuras 22 y 23 del patron.

Se corta el ala (fig. 22) de un solo pedazo, en percal, y lo mismo el fondo (figura 23), luego se juntan las dos partes N con N hasta O con O, haciendo una costura doble, pespunteada de tres cuartos de centímetro de ancho. El ala se guarnece con tira festoneada fruncida de 2 centím.s y medio de ancho; la costura de esta se cubre por el revés con una tira dos veces pespunteada, que forma al mismo tiempo la jareta indicada. Lo demás de la cófia se guarnece con una tira festoneada puesta plana, la cual la excede en 1 centím.º y medio y que por el revés forma un dobladillo que se pespuntea por el derecho de la

PALETOT CON CAPUCHA PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS.

cófia. Se pespuntea sobre el fondo una tira estrecha al hilo, que forma la jareta indicada en la figura 23; en cada extremo del ala se pone una brida de 28 centím.s de largo por 3 y medio de ancho.

Delantal para camarera.

(Las figuras 44 á 46 representan el peto y el cinturon de este delantal.)

El delantal, hecho de percalina ó lienzo, tiene 76 centím.s de largo, 1 metro y 12 á 16 centím.s de ancho; el borde inferior lleva un dobladillo de 4 á 5 centím.s; el superior se frunce de modo que no tenga mas que 30 centím.s de ancho. Se pone un peto delante y detrás, cada uno de estos dos se corta de un solo pedazo por las fig.s 44 y 45; se cosen juntos en el hombro desde *p* hasta *q*; se pueden tambien dejar separados los dos petos en un hombro y poner allí botones y ojales; estos petos se festonean como el patron lo indica. La fig. 46 representa la mitad del cinturon que se cierra por un lado. Se le corta en tela doble, se le hace un ojal y se le pone un boton. El peto de delante se une

DELANTAL PARA CAMARERA.

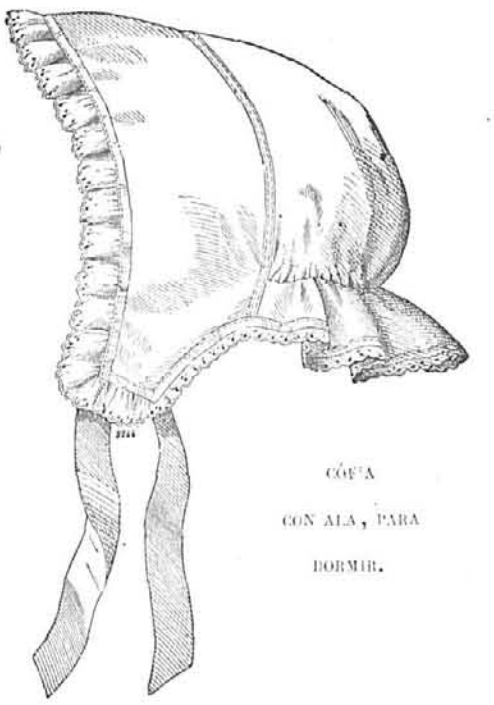
al cinturon *r* con *r* hasta *s* con *s*: el de detrás *t* con *t* hasta *u* con *u*. El cinturon se pega luego al delantal.

Paletot con capucha.

Figuras 8 á 11 del patron.

Se hace de cualquier tela, cachemira, popelina, alpaca, piqué, ó tela de capricho. Nuestro modelo es de cachemira azul turquí, con rizados de tafetan negro y de tafetan del color del fondo.

La espalda (fig. 9) es algo ajustada; tiene por tanto costura en el medio. Para cada manga se cortan dos pedazos por la fig. 10. Al cortar la capucha (fig. 11) se pone la tela al hilo sobre la línea del medio. Se juntan las fig.s 8 y 9 en el lado desde K hasta L, en el hombro desde M hasta N; los dos pedazos que componen cada manga se cosen juntas desde O hasta P, desde Q hasta R; al colocar la manga en la sisa la letra R debe encontrarse con la R de la fig. 8. La capucha se frunce por cada lado desde la cruz hasta la estrella; se aprietan los fruncidos de modo que el espacio comprendido desde la punta del medio hasta T solo tenga 32 ó 33 centímetros. Se ribetea la capucha con cinta, se le frunce en la abertura del cuello desde el medio por cada lado hasta el punto, luego se la cose á la abertura S con S,—T con T, empleando un vivo. Todo se guarnece con los rizados que suben sobre la línea fina de la fig. 10, por consiguiente sobre el codo. El rizado se prepara con tiras de tafetan (ó de cachemira) recortadas por ámbos lados con el sacabocados, y que tengan 4 y medio centím.s de ancho; el rizado azul solo tiene 3 centím.s de ancho; todos estos rizados se pliegan por el medio. Se puede suprimir la capucha, y hacer el paletot de la misma tela que el trage.



CÓFIA CON ALA, PARA DORMIR.

GUERREROS DE BUEN OLFATO.

Los perros han sido muchas veces agentes eficaces de los ejércitos en los momentos de la pelea. La primera vez que tomaron parte en una batalla en la conquista de América, fué el año de 1495, en la expedicion que Colon se vió obligado á dirijir contra los indios de la isla española, hoy de Santo Domingo, sublevados en el hermoso distrito conocido entonces con el nombre de la Vega Real.

Hecho prisionero de una manera asombrosa por Alonso de Ojeda el célebre cacique Gaonabo, salvaje de agudo ingenio, atrevido guerrero y mortal enemigo de los blancos, desde el momento que supo su arribo á aquellas playas, su hermano Manicaotex, para vengarlo y ponerlo en libertad, sublevó toda la isla, y juntando un ejército que algunos autores elevan al número de 100,000 hombres, se puso en marcha para la ciudad de los españoles, lisongeándose de reducirla á cenizas, como algunos años antes lo habia ejecutado el mismo Gaonabo en una noche aciaga con la fortaleza de la Navidad.

Colon y su hermano don Bartolomé les salieron al encuentro con un ejército de 200 infantes, 20 caballos y 20 perros de presa.

Sabiendo los indios por sus espías cuán reducido era el ejército de los españoles se mofaban de que tuviese la presuncion de resistir á sus innumerables escuadrones.

Los españoles se dividen en pequeñas partidas y atacaron la gran selva de la Vega Real por muchos puntos á la vez haciendo terribles descargas de ballestas y espingardas cuyo estruendo y llamaradas, que relampagueaban en la es-

© Biblioteca Nacional de España

pesura como rayos del cielo, llenaron de pavor á los indios, los cuales hicieron resonar el aire con sus lamentos.

Alonso de Ojeda, al frente de los 20 caballos, cargó impetuosamente al centro del ejército enemigo, penetrando por medio de los indios lanza en ristre y espada en mano; y habiendo dado suelta á los perros, completaron la derrota.

En el descubrimiento y conquista de la la isla de Puerto-Rico, se hace mencion de un perro famoso dotado de singular inteligencia y bravura.

El perro *Becerrillo* que así se llamaba, tenia parte y media, como si fuera un ballestero, de lo que se ganaba en las expediciones, tanto en oro como en esclavos y demás despojos, lo cual cobraba su amo.

Conocia los indios que eran de guerra y los que estaban en paz con los españoles, como si fuese una persona, y entre otras muchas se cuenta la anécdota siguiente:

Un dia los españoles dieron una carta á una india vieja para que la llevase á cierto punto de la isla, y ya que se habia alejado á buen trecho soltaron el perro que echó á correr tras de ella.

Viéndose la india perseguida por el perro, paróse en el camino, y sacando la carta, se la mostraba, diciéndole:

—«Señor perro: yo voy á llevar esta carta á los crisjianos, no me hagas mal, perro señor.» «Paróse el perro muy manso, dice el historiador Herrera, y comenzóla oler, y alza la pierna y orinóla, como lo suelen hacer los perros á la pared, de que quedaron los castellanos admirados.»

curó diversas veces hallarse á su paso para aclarar sus sospechas. Habia creido reconocer las facciones de un temido bandido, cuya persona habia alcanzado á ver mas de una vez en las fragosidades de las montañas.

Mas tarde el buen Frank dió parte á su señor de la alarma difundida en el distrito, por algunos desmanes cometidos en el país por una partida de foragidos, cuyo gefe aseguraban llamarse Norberto Poniatouski.

Duspues de la partida de sus amos para Viena, el país habia gozado de la mas perfecta tranquilidad, olvidando enteramente aquel accidente: mas luego que el Baron y Etelvina reaparecieron en el castillo, tratándose del matrimonio de esta con el hombre abrigase hostiles proyectos: y habiendo visitado sin éxito algunas piezas, permaneció tranquilo hasta que pocos momentos antes de la desaparicion de su señora, le pareció oir un sordo ruido, como si se cerrase con violencia una puerta de alguna vacía y distante habitacion.

Hasta aquí llegaban sus observaciones respecto á la pasada época del ya referido desastre. En la actualidad siempre fiel servidor de la familia de Stalchid, participó de la alegria de estas al tratarse del enlace de la mas rica heredera de la comarca, con el expléndido conde Poniatouski. Por acaso, hallóse un dia frente al prometido de Armanda, y figurósele descubrir la facciones del foragido de otros tiempos. Extremecióle esta descubierta y buscó la ocasion de cerciorarse. Llegó por fin, pero aquel dia, fué la víspera del asesinato intentado en su persona, pues al dia siguiente se sintió acometer en el bosque por un enmascarado, y nada mas podia decir...

Al recobrar sus fuerzas con la vida, el infeliz, lleno de inquietud por la suerte de su señorita, volvia con el ansia de hacer una revelacion, que recelaba fuese ya tardía.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Niña de 7 años.—Trage de alpaca gris.—Lo bajo de la enagua se guarnece con dos tiras al sesgo de tafetan escocés, á cuadros encarnados, verdes y blancos. Entre las dos tiras va un bordado de trencilla encarnada. Corpiño escotado con mangas cortas; cinturon de tafetan escocés atado por detrás. Pequeña pelerina guarnecida como la enagua, recta por detrás, con puntas cuadradas por delante.

Vestido de medio luto.— Trage de pult de seda negro, orlado por un volante estrecho, sobre el cual corre una tira de tafetan violeta, recortada en presillas que suben sobre la enagua, y orlada por un encage estrecho negro. Sobre esta tira se ven sobrepuestos de encage negro; el corpiño escotado tiene por delante un peto violeta. La berta, de la misma tela y color que el trage, está cubierta con presillas violetas, adornadas como las del trage. Mangas cortas de buche.

Trage de tafetan gris, bastante oscuro, adornado con una tira de tafetan gris claro; rodeada de cintas de terciopelo negro estrecho y encage negro tambien estrecho. Chaleco igual al trage, así como la chaqueta, que lleva la misma guarnicion que este último; mangas semi-ajustadas, con hombreras.

EL HOMICIDA.

EPISODIO HISTORICO.

Justo será que demos un resúmen de la declaracion del buen Frank al bailio.

A la llegada del noble conde el castillo de Stalchid en demanda de la mano de la hermosa heredera, hallábase el guarda-bosque á su entrada principal. La fisonomía del noble señor, le hizo extremecer, y no dando crédito á sus ojos, prohijo del Podestá, aseguró el guarda-bosque haber visto mas de una vez cruzar rápidamente un hombre encubierto, cuyas facciones no habia podido descubrir por mas que lo intentara: deseaba antes de dar parte á su señor, conseguir averiguar mas positivos datos sobre la presencia de aquel intruso.

Las fiestas que se preparaban lo distrajeron de aquellas ideas, y llegó el dia de las bodas. En la hora en que todos los habitantes del castillo se entregaban al placer; y Etelvina seguida de sus jóvenes amigas, corria gozosa, ocultándose de sus compañeras por el parque y las habitaciones, Frank creyó distinguir á la incierta luz del crepúsculo una sombra deslizarse entre los árboles y desaparecer por el vestíbulo del palacio.

Parecióle á Frank una insensatez que un solo

Hemos visto que la Providencia interpuso su mediacion para el segundo atentado proyectado contra la familia de Stalchid, por el malvado bandido Norberto de Poniatouski.

Una causa célebre se debatió por aquel tiempo en los tribunales de Viena. Un temido foragido, vástago espúreo de noble raza, so pretexto de despreciar las leyes, queriendo vengar una medida rigurosa tomada por el gobierno contra sus desórdenes, se reunió á una partida de malhechores, asolando por intervalos el país.

Un dia, desgraciado para la infeliz Etelvina, alcanzó á verla, y la profunda impresion que le causó su hermosura fué tal que puso en juego para conseguirla cuanto puede combinar una violenta pasion, con un carácter audaz y emprendedor.

© Biblioteca Nacional de España

Volvió á la corte, donde procuró hacerse lugar á la sombra de su noble nombre, y acaso sus instintos hubieran mejorado si consiguiera ser amado de la cándida Etelvina. Extremecióse la jóven bajo el poder de aquella ardiente mirada, y retrocedió de espanto ante su naciente inclinacion. El lector sabe lo que siguió.

Próxima á dar su mano al hijo del compañero de armas de su padre, agena de cuidados para el porvenir, huia de sus amigas jugando, y ocurriósele esconderse, deseosa de inquietarlas algunos momentos. Buscando lugar á propósito llegó á un desvan abandonado, y viendo se hallaba allí un gran arcon, observó que estaba vacio, y entróse dentro dejando la tapa levemente suspendida.

Desgraciada! Poniatouski la acechaba, y en la desesperacion de verla pasar á otros brazos, iba propuesto á robarla ó en último caso asesinarla. La fatalidad favoreció por entonces sus atroces designios... vióla introducirse dentro del arca, y súbitamente ocurrióle la diabólica idea de ahogarla dentro. Veloz como el rayo destructor precipitóse sobre el arcon poniendo sobre la pestillera su sortija, y dando en la tapa un tremendo golpe privó de aire á la infeliz víctima de su desenfrenada pasion. Sin duda que la mísera Etelvina quedaria privada de sentido, pues de otro modo, sus desesperados esfuerzos hubieran quizá procurado su salvacion.

El paso rápido del tiempo habia hecho su ordinario efecto: sobre las heridas del alma, esparció un lijero bálsamo para curar superficialmente la honda llaga que la tortura. Sobre la frente del culpable tendió una negra huella, otorgando á los indiferentes el olvido.

Luego que pasaron algunos años no vaciló Poniatouski en presentarse de nuevo en la córte, provisto de documentos que le aseguraban una pingüe herencia y un título de conde. La procedencia de estos títulos estaria tal vez manchada con algun nuevo crimen; pero su natural impudencia supo acallar los rumores, guiándolo su destino á fijar su audaz mirada en el angélico semblante de Armanda de Stalchid. Tambien la amó, como él era capaz de amar, con arrebato, desde la pasion hasta el crimen si necesario fuese. Esta vez supo inspirar parte de lo que sentia; y aunque hubiera querido llevar á cabo su plan lejos del castillo de Stalchid, donde su acomodaticia conciencia se sublevaba no obstante contra él, fué preciso vencer aquella pasajera repugnancia para llegar hasta Armanda, digna por su brillante hermosura y sus riquezas, de la violencia que se hiciera por llegar á pedírsela al Baron.

Hemos explicado todas las circunstancias que se siguieron: réstanos solo añadir que concluidos los funerales de la malograda Etelvina, celebrados con gran pompa, el afligido padre y hermana pasaron á Viena, siéndoles forzoso prestarse á algunas declaraciones exigidas por los tribunales en el juicio de Poniatouski.

La enlutada belleza tambien llamó la atencion en la córte austriaca; pero mas feliz que su hermana, fijó como ella el corazon de Adrian, entonces heredero de las virtudes, riquezas y empleo del Podestá. Supo hacerse amar de Armanda y seguro de su consentimiento, díjole un dia al Baron.

—Una de vuestras hijas me estaba destinada.

No tardaron los jóvenes en unir sus destinos para consuelo del desgraciado padre.

Norberto de Poniatouski sufrió la última pena en castigo de sus crímenes, notándose en las circunstancias que precedieron á su causa y condena el dedo infalible de Dios.

FIN DE LA HISTORIA

ANGELA MAZZINI.

LA MAR. (1)

Un amigo mio que ha pasado *treinta* años de su vida recorriendo las soledades del Océano, me enseñaba dias pasados el *Diario* en que ha ido consignando todas las terribles vicisitudes de sus largas navegaciones. Púseme á hojear aquel libro, y despues de haber leido en la primera página esta exclamacion: «¡qué hermosa es la mar!» quedé no poco sorprendido al leer en la última. «La mar no se ha hecho para los hombres.»

Escribo estos renglones con un lápiz, sentado en un peñon del cabo de Machichaco. La mar se extiende delante de mí mas allá de lo que alcanza mi vista, y eso que mi vista (¡Santa Lucía me la guarde!) es hermosa. Las olas rugen con soberbia al quebrantarse en el peñon donde me asiento, sin duda porque presienten que voy á insultar al Océano. Sí, voy á insultar á ese traidor gigante, y le voy á insultar impunemente, porque apenas conseguirá salpicarme con los espumarajos de su rabia.

Yo sé que los poetas de cajon se indignarán conmigo viendo que al sentarme orilla del Océano no escribo en mi cartera: «*Al mar. Oda,*» y empiezo á soltar alejandrinos; pero permítanme esos señores decirles que los horrores sublimes, á cuyo número pertenece la mar, por mas que sean sublimes, no dejan de ser horrores, y los horrores no me parecen dignos de ser cantados.

—Pues horrores son, me replicarán, las batallas y las tempestades, y los incendios, y los terremotos, y las pestes, y las hambres y las calamidades de toda especie.

—Estamos conformes.

—Y qué, ¿no se cantan todos esos horrores?

—Sí, pero no me gusta esa música.

—Pues qué, ¿no admira V. la grandeza de Dios en el trastorno de los elementos?

—Sí, pero lo admiro mas en la quietud y la armonía de la naturaleza.

—La poesía se ha hecho para cantarlo todo.

—La poesía no se ha hecho para cantar lo feo.

—Eso es hablar de la mar.

—Pues déjenme Vds. seguir hablando de ella.

Nací y pasé mi niñez cerca de la mar, y á pesar de que me encariño profundamente con todo aquello á cuyo lado vivo, con las personas á quienes trato, con la casa en que habito, con los árboles que me dan sombra, con los pájaros que me dan música, con el arroyo que me dá murmullos, con los montes y la vega que contemplo desde mi ventana, y hasta con el sol que me quema y el frio que me entumece y los cinifes que me pican; á pesar, repito, de que me encariño con todo esto, no he podido nunca encariñarme con el mar.

Era yo muy niño, y allá por el hondo valle que separa á mi aldea de la mar, llegaban á mi pacífica y bonita aldea prolongados y sordos bramidos que me hacian extremecer y refugiar en el regazo de mi madre.

—Santa Virgen de Begoña! exclamaba mi madre con lágrimas en los ojos, no desampares á los pobres navegantes que cruzan esos mares traidores.

Y esta piadosa imprecacion quedaba grabada en mi memoria, y en la confusion de mis ideas la idea del mar se asemejaba á la de los grandes azotes de la humanidad.

La mar me gusta, pero es de lejos: desde cerca todo me disgusta en ella; me disgusta su color, que ni es azul ni verde, sino un compuesto indefinible de estos dos colores; me disgusta su sabor, que es salado y amargo, y me disgusta su olor, que es acre y nauseabundo. El agua de los rios limpia; el agua de la mar ensúcia. Las evaporaciones de los rios fertilizan las plantas; las evaporaciones de la mar las abrasan.

Y á propósito de plantas: ¡qué diferencia entre las fluviales y las marinas! Las marinas, cuerpos inertes donde no hay mas que grosera materia; las fluviales, cuerpos vivientes que parecen animados y embellecidos por el perfume de la inteligencia.

Oigo decir que el bromo, y los cloruros, y los sulfatos que entran en la composicion de las aguas del mar resucitan los muertos. No me atrevo á negarlo, porque reconozco mi ignorancia para fallar en cuestiones de esta naturaleza; pero si diré que cuando en estas peladas y tristes rocas donde se estrellan las olas del mar lucho con el viento que aquí sopla perpétuamente, y en este viento creo respirar los efluvios de los cuerpos humanos que flotan sin lágrimas, ni flores, ni oraciones en ese abismo, no me siento tan bien como en nuestras floridas y verdes y apacibles vegas de Abando y Durango y Guernica, donde el amor y los recuerdos fortalecen y consuelan mi alma, y los árboles y las flores me dan sombra y perfumes, y las auras de nuestras montañas orean mi frente, y regalan mi oido y dilatan mis pulmones.

Y luego tú, ¡oh mar! no eres mi pátria; eres un vagabundo extranjero que llegas á nuestras risueñas y pacíficas moradas con la soberbia de aquellos otros extranjeros que llegaron acaudillados por los Césares y Agripas, y, como tú, vieron quebrantado su poder en nuestras rocas, y solo consiguieron, como tú, penetrar en algunos de nuestros hermosos valles.

Y luego ese movimiento, esa inquietud, esa rabia, esa convulsion eterna que rechaza de tu seno la perfeccion y el progreso que la tierra admite agradecida y dócil, no puede simpatizar con las naturalezas pacíficas y serenas como la mia.

Malhaya el insensato que lanzó la primera tabla al Océano, y se colocó sobre ella.

Si un dia la desventura me arroja á las soledades del Océano, compadecedme, hermanos mios, y compadecedme como yo compadezco á los que vagan por ellas. En el continente que se dilata á mi espalda, nunca falta un árbol ó una roca donde pueda el viajero guarecerse del viento ó la lluvia, y sobre todo nunca falta un palmo de terreno donde pueda sentarse y descansar de la fatiga. ¡Pero en esas inmóviles soledades que se extienden delanten de mí, ni aun tiene el pobre viajero el consuelo de la inmovilidad!

Un dia el piadoso Martin de Olarte se moria de tristeza perdido en esas soledades, é invocó el nombre de la Virgen de Begoña, á la sombra de cuyo santuario habia vivido hasta entonces tranquilo y contento y feliz. La Virgen vascongada permitió que el sonido de sus campanas atravesase las 350 leguas que á Martin separaban del continente, y aquella santa armonía de la pátria bastó para reanimar y consolar al pobre navegante.

Campanas, templos, hogares, recuerdos, sepulcros, todo lo que constituye la vida del alma se encuentra en la tierra; pero ¿qué se encuentra en tí, solitario Océano, qué se encuentra en tí si la Virgen de nuestras montañas no renueva el milagro con que consoló y fortaleció al piadoso Martin de Olarte? ¡Ah! ¡ni una cruz que recuerde á los muertos, ni una piedra que recuerde á los héroes!

Bien hizo el desengañado marinero en decir al terminar su *Diario* que la mar no se ha hecho para los hombres, y bien hubiera hecho tambien en añadir que la mar se ha hecho para los mónstruos que habitan sus tenebrosas profundidades.

Hasta aquí los renglones que escribí con un lápiz sentado en un peñon del cabo de Machichaco. Estos renglones eran incompletos apuntes de lo que yo pensaba en aquellos instantes. Creí al escribirlos que nadie mas que yo los habia de leer: pero oigo rugir la mar como leon calenturiento, y el llanto y la desesperacion de cuatro madres sin ventura me dice que ese mónstruo insaciable ha devorado á cuatro nobles mancebos, orgullo de nuestras montañas. ¿Cómo desahogar el dolor y la indignacion de mi alma? Arrancando de mi cartera y mandando á la imprenta aquellos renglones. No faltará quien me grite:

—Tu criterio es mezquino, porque no comprendes la gran mision que la Providencia confió al Océano al decirle:—Forma la mayor parte de la creacion universal. Tu criterio es injusto, porque no tienes una palmada para los grandes poetas que alzaron cánticos inmortales orilla del Océano.

Pero yo me anticipo á replicar á los que así me griten:

—Mezquino é injusto es el criterio de la madre que viendo agonizar al hijo de sus entrañas llora y grita y se retuerce é insulta al cielo que le arrebata lo que mas amaba en el mundo, sin considerar que Dios le lleva lo que es de Dios, y su hijo vá á trocar las tristezas de la tierra por las alegrías del cielo; y sin embargo, no teneis reconvenciones para el mezquino é injusto criterio de aquella desconsolada. ¿Por qué las habeis de tener para el mio cuando insulto á la mar que me arrebata á mis hermanos?

ANTONIO DE TRUEBA

(1) Este artículo es al que alude el Sr. de Bustillos, en el que insertamos en nuestro número anterior, titulado LAS HIJAS DEL MAR.—N de la R.

A LA VIRGEN MARIA.

EN EL MES DE MAYO. (1)

Coronado de rosas y claveles,
Lleno de luz, de vida y de esplendor,
De aromas inundando los vergeles
Llega Mayo, florido, encantador.

Todo ¡oh Vírgen! se viste de alegria
Y cielo y tierra, hasta el versátil mar,
Himnos de amor te elevan á porfia
En su lenguaje mudo universal.

Tambien yo anhelo ante la efigie santa
Pobre tributo de mi amor rendir;
Que aunque tu gloria y tu grandeza es tanta
Eres muy buena y me querrás oir.

Niña inocente, cuando el labio apenas
Tu nombre pronunciaba, ya te amé;
Y en horas para mí de hechizo llenas
Por tí gozaba con cristiana fe.

Por la mañana al despertar el dia
Mi madre me enseñaba su oracion;
A la Vírgen saluda—me decia—
Y á tí contenta saludaba yo.

Y por la noche cuando ya mis ojos
El sueño perezoso iba á cubrir,
Con infantil candor, puesta de hinojos,
Mi saludo volvia á repetir.

¡Dios te salve, María! Llena eres
De la gracia divina del Señor,
Y bendita entre todas las mujeres,
Hija, madre y esposa de mi Dios.

¡Ruega, sí, por nosotros pecadores
Tú de vida y dulzura manantial!
Y alcánzanos los célicos amores
Esperanza del mísero mortal!

¡Dios te salve, Señora, á tí aclamamos
los desterrados hijos del Edén;
Y gimiendo y llorando suspiramos
En el valle de lágrimas que ves!

¡Sé, pues, nuestra abogada é intercesora
Junto al trono de gloria... celestial...
Y librenos tu gracia bienhechora,
De los abismos lúgubres del mal!

Así el trémulo labio se explicaba
Al llegar de mi infancia el tierno albor
Y entonces como ahora te admiraba
Porque eres fuente perenal de amor.

Te admiro en el cantar dulce del ave
Melodía que sabes inspirar,
Y te aspiro en el aura que suave
Gratos olores derramando vá.

(1) Poesía compuesta para pronunciar una niña en su colegio en ocasion de celebrarse una funcion á la Vírgen el 31 del actual.

© Biblioteca Nacional de España

Señora del espacio te contemplo
Cuando la mar se ostenta en su furor,
Y en cada corazon tienes un templo
Do se invoca con ansia tu favor.

Entonces incesante por las nubes
Calmas benigna ruda tempestad;
Y el arco iris cuando al cielo subes
Anuncia tu victoria y magestad.

Do quier veo del mundo la grandeza
Parece que vislumbro tu poder:
No concibe mi mente la belleza
Si no emana directa de tu ser.

Joyas, perfumes, luz, júbilo y flores
Nada interpreta bien mi frenesí;
Reunidos los mas bellos primores
Todo es poco, gran Reina, para tí.

¿Con qué pues obsequiarte en mi deseo
Si para tí no encuentro digno don?
¿Cuál brindarte?—Te brindo el que poseo:—
Es mi pobre, mi pobre corazon.

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

LAS DOS PERLAS.

(*Conclusion.*)

Una tarde de audiencia estaba la reina en la galería principal con muchos de sus cortesanos. Aquella magnífica habitacion, que servia para recibir á los embajadores, daba á los jardines de palacio; el cielo raso pintado de azul de ultramar, y adornado con arabescos de oro, se apoyaba en una colgadura de damasco. No se veian allí confundidas como en las demás habitaciones las admirables pinturas sagradas y profanas con que los grandes maestros de la escuela española habian enriquecido las paredes del Buen Retiro. Una larga fila de retratos era lo único que llamaba la atencion; todos eran de reyes y príncipes de la monarquía española. Aquella serie de hombres ilustres empezaba en el valiente montañés Don Pelayo y acababa en Felipe IV. El genio de Velazquez habia expresado tan admirablemente el melancólico rostro del último rey, que parecia que este se salia del cuadro, y que presidia aun las ceremoniosas fiestas de su córte, en la que reinó tanto tiempo.

La infanta estaba sentada á la derecha de su madre: las damas que formaban su acompañamiento estaban algo separadas; algo mas cerca se hallaban Don Juan y el padre confesor hablando alternativamente con la reina.

Guardaban uno con otro un profundo silencio que tenia cierta expresion singular y de mala voluntad. Don Juan por la gallardía de su persona, su traje de córte, en cuya capa estaba bordada la cruz de Malta, parecia dominar la figura comun y descolorida del padre Nitardho. De cuando en cuando volvia la vista con una atencion particular hácia la duquesa de Sandoval, sentada detrás de la infanta. Al principio la jóven se abochornó de que la mirase de aquella manera, pero despues sostuvo con arrogancia sus miradas. Quiso como desafiar á Don Juan en quien veia un enemigo de cuantos eran amados de su soberana. Pero ¿qué podia temer ella, la duquesa de Sandoval, marquesa de Denia, de este odio que tanto hacia temblar á un favorito advenedizo como el P. Nitardho? Su posicion no era de aquellas que dependen enteramente del favor de los príncipes.

Don Juan aprovechó el momento en que la reina estaba hablando con el P. Nitardho y el arzobispo de Toledo para acercarse á la infanta. Se colocó detrás de su asiento, y pareció esperar la ocasion de dirigirle la palabra; pero ella apartó con obstinacion la vista, sin dejar su inmovilidad mas que para decir algunas palabras á la camarista. Entonces Don Juan se volvió al conde de Castrillo y le dijo con cierto aire misterioso:

—Sabe Dios las noticias que el buen padre confesor estará dando en este momento á la reina. Monseñor el de Toledo está rebosando de alegría. Pues mira, yo tambien sé una noticia que si quisiera contarla no seria la que menos excitase la curiosidad.

—¿Algunas noticias de Portugal? respondió el conde disimuladamente. Eso ya se decia esta mañana; dos espías cogidos en una hospedería de la Puerta del Sol, donde se habian introducido vestidos de mujeres. Ya vé V. A. que estoy bien informado.

—No es eso, interrumpió Don Juan; hablo de cierta aventura que aun no se ha divulgado en el gabinete de ningun alcalde de córte. Castrillo, quiero contarte algo de ella si me prometes el secreto, pero advierte que no soy el héroe de la ventura.

—Pues entonces será vuestra alteza cuando menos el confidente.

—Ninguna de las dos cosas. Paseando ayer por el Prado con don José de Mayades y algunos otros caballeros, reparé en un hombre que caminaba despacio delante de mí. Llevaba la capa echada detrás de la espalda al estilo de los estudiantes de Salamanca, que no tienen calzas ni jubon; las alas de su sombrero le iban tropezando con el cuello; llevaba vendada la cara con una larga cinta negra que en nada se distinguia de sus megillas de color de hollin. Conocíle inmediatamente, aunque solo le habia visto una noche á la luz de las antorchas; pero mi espada le habia hecho en la frente una señal por la que debia reconocerle en todo tiempo.

Al oir estas palabras la camarista, que habia estado escuchando con un vago recelo, apretó imperceptiblemente el brazo de la princesa.

—¿Habia herido quizás V. A. á ese caballero en sus campañas de Italia ó Portugal? dijo el conde del Castrillo.

—No; no fué en un campo de batalla donde le encontré; fué cierta noche, en un jardin y á la orilla de un estanque.

—¡Caramba! dijo el conde, eso ya vá siendo muy misterioso. El galan se paseaba sin duda por los hermosos ojos de alguna dama, y V. A. interrumpió su serenata.

Encojióse de hombros Don Juan y replicó:

—Era un negro de feísimo rostro. Viéndose herido, se me hincó de rodillas y me confesó que estaba rondando aquella noche en el jardin para salvar el honor de una ilustre dama. Hícele conducir en mi propia silla de manos, y pareciéndome que se encontraba muy mal herido, dejé mis preguntas para el dia siguiente, y mandé que le acostasen en una sala baja del palacio nuevo. Escapóse aquella misma noche, y ayer le he vuelto á encontrar. El infeliz quiso hacer como que no me conocia, y dejó sin respuesta todas mis preguntas. Entonces mandé que le registrasen. Y ¿qué dirás que se le encontró en los bolsillos donde no habia un maravedí? Todo un tesoro, Castrillo: dos riquísimas perlas, por las que he venido en conocimiento de quién era la ilustre señora cuyo honor debia salvar. ¿Qué tal? ¿No te parece extraordinaria la aventura?

—¡Muchísimo! respondió el conde que á la verdad lo encontraba todo muy oscuro. Sin embargo, no he acabado de comprender...

—Es que no he concluido todavía, replicó Don Juan echando una mirada penetrante á la infanta.

Estaba esta tan pálida como la muerte. La camarista aterrada se habia acojido á sus rodillas.

Don Juan le dejó reflexionar un momento, é inclinándose hácia la princesa, le dijo á media voz:

—¿Acabo, señora?

La infanta comprendió entonces que estaba á la merced de Don Juan, y cediendo en vista de aquel amargo trance, dijo entre dientes:

—¿Qué quereis de mí, señor gran prior?

—Decidme hermano, la interrumpió con altanería; me llamo Don Juan de Austria.

—Hermano mio, prosiguió ella llena de terror, habla en tono mas bajo... que nos están oyendo.

Don Juan era vano, irascible y astuto, pero no tenia malas intenciones. El apoyo que la infanta prestaba al padre confesor era lo único que le animaba contra ella. En aquel momento se olvidó de su resentimiento y dijo con mas dulzura:

—¿Teneis confianza en mí, Margarita?

Esta bajó la cabeza; la camarista miró humildemente á Don Juan como pidiéndole indulgencia.

—El negro lo ha confesado todo, dijo este al oido de la infanta; lo ha confesado á mí únicamente, y su confesion ha muerto con él...

—¿Ha muerto?

—Sí, respondió friamente Don Juan; hay secretos que un hombre no puede guardar vivo. Todo está acabado, y ahora ya no puede hablar; las dos perlas que le dió la duquesa de Sandoval os serán devueltas; pero antes es menester que yo sepa quién es el hombre que ha osado penetrar en los jardines, y de qué modo ha salido de allí.

—¡De qué modo! repitió la infanta extremeciéndose, ¡de qué modo! yo no lo sé. ¿No os dijo el negro?...

—El negro lo dejó en los jardines, respondió Don Juan observando á la princesa con una sorpresa mezclada de desconfianza. ¿Lo ignorais por ventura, Margarita?

Meneó esta la cabeza, y juntando las manos, exclamó:

—¡Y está allí todavía!

—Mas bajo, dijo Don Juan, mas bajo; la reina está oyendo...

—Hermano mio, dijo la infanta, reprimiendo su desesperacion y procurando evitar las miradas de los que la observaban, hermano mio, ¿qué exijis de mí para que á mi vez pueda exijir y fiarme de vos?

Don Juan volvió lentamente la vista hácia el P. Nitardho.

—Sí, dijo ella; le abandono.

—El consentimiento que no queriais...

—Desde ahora le doy. ¿No me pedis nada mas?

—Nada.

—Pues bien, hermano mio; juradme ahora hacer lo que os voy á pedir.

—Lo juro por mi honor de caballero.

—Esta misma noche ireis á los jardines, buscareis por todos ellos y encontrareis á Blomberg...

—¡Blomberg! ¡Era Blomberg!

—Mas bajo, hermano mio, mas bajo; el P. Nitardho os ha oido...

Levantóse Don Juan inmediatamente. La reina, que tambien habia oido pronunciar este nombre, le dijo á su confesor:

—¿El caballero Blomberg está en Madrid ó en Calatrava?

—El cargo con que le ha honrado V. M., respondió friamente el P. Nitardho, le tiene detenido en el convento de Calatrava; allí está desde el dia de las rogativas.

V.

Eran las dos de la mañana. Una sola lámpara alumbraba la *alcoba* de la infanta, y su indeciso resplandor iluminaba la cara de la camarista adormecida á los piés de la cama. Las cortinas estaban corridas, y Margarita de Austria arrodillada sobre su lecho con el pelo tendido y el corazon oprimido de angustia, esperaba el fin de aquella larga noche. A algunos pasos dormian profundamente dos damas, que segun costumbre estaban pegadas á la puerta, en términos que hubiera sido menester pasar sobre sus cuerpos para penetrar en la alcoba.

La infanta se levantó sin hacer ruido: cada hora habia pesado sobre ella como un siglo de tormento. En vano procuró ponerse en oracion por aquel cuya vida habia quizás acabado para ella en tan angustiosa agonía; las palabras espiraban en sus inmóviles labios. En vano levantaba la vista hácia el Cristo que tenia delante, pues no veia mas que la imágen de Blomberg amarillo, desfigurado y muerto de hambre en medio de aquellos jardines coronados de tantas flores, debajo de aquellos bosquecillos, delante de los cuales habia pasado la víspera rodeada de las damas de su córte.

Por último, despertó á la camarista; el silencio de aquella espaciosa habitacion la infundia miedo.

—Rita, dijo, ¿no podrás abrir una de esas ventanas?

—Ahora veré, señora, respondió aquella echándola una chambra sobre sus espaldas. ¡Jesus, Dios mio! Vuestra Alteza vá á sucumbir á tanta angustia... ¡En nombre del cielo! ármese de un poco de valor... Todo está arreglado ya sin duda...

—Abre esa ventana, volvió á repetir la princesa; si no puedes hacerlo sola, yo te ayudaré.

Rita probó á abrir la ventana con suavidad, y al cabo de algunos esfuerzos sus débiles manos consiguieron dar vuelta á las pesadas fallebas. La princesa se asomó temblando al balcon, y sus miradas inquietas procuraron penetrar la espesura de los jardines. Alumbraba la luna su dilatado recinto, el negro ramaje de las olmedillas rodeaba sus embalsamados cuadros, en que se desplegaban montones de rosas, y los tilos del paseo principal adelantaban sus sombras hasta la blanca fachada del palacio: algo mas lejos, y pasados los bosquecillos y cuadros de flores, relumbraba el grande estanque de agua entre los céspedes, como un clarísimo espejo en un marco de ébano. Por todas partes reinaban el silencio y la soledad; el canto lastimero del ruiseñor era lo único que acompañaba al lejano murmullo de las fuentes.

—¡Dios mio! ¿le habrá Don Juan encontrado vivo? dijo con angustia la infanta mirando melancólicamente al cielo; ¡vivir un mes entero en un suplicio tan cruel! ¡El hambre, Rita, el hambre! ¡Dios mio, hago voto de ayunar todos los dias de mi vida en expiacion de todo lo que ha sufrido por mi causa!

—En el jardin habia algunas naranjas, dijo la camarista, y habrá comido de ellas; puede vivirse un mes entero bebiendo solo un poco de agua: de este modo pasaba la cuaresma el bienaventurado san Juan de la Cruz.

Arrodillóse la infanta, y apoyando su frente en la balaustrada de mármol, estuvo mirando y escuchando largo rato. No habia nadie en el espacio á donde podia alcanzar su vista, y solo el viento ajitaba las copas de los árboles.

Repentinamente el perro de aguas acostado en la alcoba se puso á ladrar sordamente: asustada la camarista sacó la cabeza fuera del balcon, y mas allá del cuadro principal del jardin vió moverse una especie de sombra.

—¡Don Juan! ¡Mirad á Don Juan! dijo reconociéndole en la larga pluma negra del sombrero; con él vá otro caballero... Es Mayades... ¡Jesus ¿Qué es lo que llevan de aquel modo?...

La princesa se levantó; sus ojos inmóviles y enjutos siguieron al grupo que se dirijia hácia el gran estanque de agua. Pasó entonces una nube, y todas las sombras desaparecieron durante algunos minutos; mas luego un débil rayo de luna vino á iluminar otra vez el jardin. Entonces la infanta volvió á ver á Don Juan y á Mayades á orillas del estanque, los cuales estaban inclinados mirando un bulto blanco tendido sobre la yerba.

—¡Blomberg es! exclamó trémula y sobresaltada.

La camarista llena de terror levantó las manos al cielo; su vista mas penetrante distinguia un cuerpo inmóvil que Mayades envolvia en una capa, y entonces se acordó de aquellas palabras terribles de Don Juan: ¡Hay secretos que ningun hombre puede guardar vivo!

—¡Blomberg es! repitió la infanta; ¡él es, desmayado, moribundo! ¡Sin duda le están dando auxilio... ya le levantan! ¡Ay!...

Dió un grito de desesperacion y cayó en tierra desmayada; el cuerpo de Blomberg acababa de ser arrojado al fondo del estanque.....
.....
.....

Dos meses despues la infanta Doña Margarita de Austria se ausentaba para siempre de España. Las galeras que la conducian salian del puerto de Barcelona saludadas por los cañones de los fuertes y las aclamaciones de la multitud. Hallábase de pié en el puente empavesado con banderas en que estaban bordadas las armas imperiales despidiéndose de sus damas y de toda la servidumbre.

La duquesa de Sandoval fué la última que abrazó sus rodillas teniendo los ojos anegados en lágrimas.

—¡Ay, señora! dijo besándola las manos; ¡ya es cosa hecha!... para siempre... A Alemania...

—¡No llores, Rita, dijo la nueva emperatriz sonriéndose con amargura; no llores por eso, que moriré jóven!....

X.

© Biblioteca Nacional de España

AEREOSTACION.

Nuestro artículo de hoy es una secuela del que publicamos en el anterior número de este periódico. En aquel reseñamos los peligros, los desastres que habian ocasionado las ascensiones aereostáticas, y ofrecimos ocuparnos de las ventajas que en cambio nos han proporcionado, ya para resolver ciertos problemas científicos, ya para darnos alguna esperanza siquiera de adquirir un dia la posibilidad de dar á los globos una aplicacion para el transporte. Empezaremos por decir algo de lo primero.

Hasta el año de 1803 no se pensó en utilizar á los globos para investigaciones científicas. Robertson, acompañado de un compatriota suyo, se propuso estudiar la manera con que ciertos fenómenos físicos se realizaban en las altas regiones de la atmósfera. Elevároнse desde Hamburgo á 7.400 metros, segun su cálculo, y solo creyeron reconocer que á una altura considerable el magnetismo terrestre pierde notablemente de intensidad. Los viajeros experimentaron sufrimientos horribles; el malestar, el zumbido de oidos, la irresistible propension al sueño, y el extremado frio que los atormentaba, no los ponian ciertamente en condiciones propias para experiencias delicadas, y asi fué que los pocos resultados que creyeron obtener han sido desmentidos por ascensiones posteriores.

Estimulados por el deseo de comprobar aquel único fenómeno físico, Biot y Gay-Lussac, célebres ámbos en la historia de la ciencia, hicieron un año despues su ascension, provistos de numerosos y exactos instrumentos. En su viage rectificaron el error de Robertson relativo á la aguja imantada: pero no pudieron hallar una ley exacta del decrecimiento de la temperatura. Es decir, que despues de dos viajes científicos todo vino á quedarse como se estaba: la ciencia no habia adelantado un solo paso.

No se aclararon las dudas en la nueva ascension emprendida por Gay-Lussac. Las observaciones higrométricas nada dieron de concluyente, y el aire recojido se halló idéntico al de la superficie de la tierra.

No ofrecieron un resultado mas fecundo las ascensiones de Humboult en América, y de Barral y Bixio en París. Estos últimos corrieron gravísimos peligros, porque habiéndose elevado á la altura de 5.893 metros, el globo, extraordinariamente hinchado, se abatió sobre la barquilla envolviéndola por todas partes. La válvula no obedecia, y hubo que tomar el partido de hacer con el cuchillo una extensa incision al globo, por la cual el gas comenzó á escaparse con violencia. Pero el gas, al salir, estuvo á punto de asfixiar á los aereonautas, los que al cabo lograron tomar tierra con algunas contusiones, en cambio de las cuales y del susto, nada, ó por lo menos bien poco, conquistaron para aumentar el tesoro de los conocimientos.

Otro tanto puede decirse de una nueva ascension hecha algo despues por los mismos. Si algo de ella trajeron, fueron solo contradicciones que oscurecian mas y mas los hechos en vez de aclararlos.

Resulta de lo referido que la ciencia ha sacado hasta aquí poquísimo fruto, si es que en efecto ha obtenido alguno, de los viajes aéreos emprendidos con tantas lisonjeras esperanzas, y que tantos peligros, tan lamentables desastres han ocasionado. Grandísimas han de ser las ventajas que aquellos hayan de producir en adelante para que llegue á equilibrarse siquiera la balanza.

Pero si la ciencia nó, veamos lo que se ha adelantado y lo que puede esperarse adelantar respecto á esa otra cuestion de mas general importancia, que ha tantos años preocupa los ánimos de todos: hablamos de la posibilidad de dar direccion á las máquinas aereostáticas.

El hombre, despues de haber conseguido caminar por los mares, ya individualmente primero, ya colectivamente despues por medio de aparatos mecánicos, quiso lanzarse á caminar por los aires. De este deseo surjieron cien pensamientos distintos, que la teoría pudo tener por realizables, pero que todos se estrellaron en el terreno de la práctica. Digamos algo de estos desgraciados ensayos.

Juan Dante, matemático que vivió en el siglo décimo quinto, construyó para el efecto unas alas artificiales: pero habiéndose elevado con ellas, segun cuentan, á una grande altura, rompióse un hierro que daba movimiento á una de las alas, y Dante cayó sobre la iglesia de N.ª Sra. en Perusa, rompiéndose del golpe una pierna.

Algo peor escapó de un lance semejante cierto monje benedictino inglés, el cual se lanzó desde una torre provisto asimismo de ciertas alas de su invencion. A la distancia de algunos pasos del sitio que habia elegido para tomar vuelo, fué precipitado, y en su caida se rompió ambas piernas.

Un tan Bernon, intentó en Francfort algunas experiencias con su nueva máquina para volar, pero este, mas desgraciado aun que los anteriores, se desnucó.

En época bastante mas remota, esto es, en tiempo de Neron, cuenta Luciano que un hombre se elevó en Roma por medio de alas artificiales, perdiendo la vida al efectuar su experimento.

Modernamente, el marqués de Baqueville inventó unas alas enormes, con las que anunció que atravesaria volando el Sena, y que vendria á posarse tranquilamente en el jardin de las Tullerías. Tomó el vuelo desde una ventana de su propia casa, mas al llegar á la mitad del rio cayó, y aunque el gran volúmen de sus alas atenuó los efectos del golpe, sin embargo, el marqués se rompió una pierna.

Cuéntase que en tiempos de Luis XIV, un volatin llamado Alard se comprometió á hacer una experiencia aérea en presencia del rey. Arrojóse en efecto á ejecutarla, pero, como todos, vino al suelo gravemente lastimado.

El canónigo Desforges anunció en 1772 por medio de los periódicos, que haria una prueba ante el público de un carruaje volante de su invencion. Su máquina, que era una especie de barquilla con alas, estaba colocada sobre una torre, y por este medio el canónigo se proponia caminar treinta leguas por hora, cualquiera que fuese la violencia del viento ó de la lluvia. Sin embargo, por mas que se agitaron con fuerza las alas del aparato, no fué posible que este se moviese una sola pulgada del sitio en el que se le habia instalado previamente. A semejante circunstancia debió sin duda el inventor de la máquina que su nombre no viniese á aumentar el extenso catálogo de las víctimas de las expediciones aéreas.

La invencion de los globos hizo desde luego surgir la idea de hallar un medio para poder dirijirlos; única manera de poderlos tal vez utilizar algun dia. Desde entonces no ha pasado año durante el cual haya dejado de presentarse alguno con la altiva pretension de haber resuelto este dificilísimo problema. Sin embargo, nadie ignora el valor que han tenido semejantes proyectos, que por fortuna de los inventores no han pasado de proyectos.

Para lograrlo, era preciso tomar uno de estos dos caminos: ó poder imprimir á los globos un movimiento horizontal, ó buscar en el aire una corriente favorable para que de ella recibiesen su impulsion. Ahora bien, los agentes poderosos que habrian de emplearse al efecto necesitarian máquinas de enorme peso para producirse, y la ligereza es la primera condicion de un globo, porque de hacerlo muy grande, aumentaria en la misma proporcion la resistencia que el aire le opone. Respecto á las corrientes, estas son tan varias, tan inseguras, tan imposibles de calcular desde la tierra, que no hay medio de aceptar este camino para la solucion del problema.

Por tanto, con los recursos mecánicos que hoy se poseen, es legítimo deducir que la resolucion del problema presentado es imposible.

No es esto decir que neguemos el porvenir: lo que creemos prudente se niegue es que se pueda alcanzar el resultado que se apetece, con solos los medios que proporcionan los conocimientos físicos y mecánicos hasta el presente adquiridos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CHARADA.

Hago primera y segunda
cuando recibo una carta;
mas si trastruecas las sílabas
de seguro un baile hallas.
Dos cosas son mi tercera;
pon despues de ella la cuarta,
y te dá un color que á muchos
por triste y modesto agrada.
Segunda, prima y segunda
es cosa tan necesaria
para cierto sacramento
que otra á suplirla no alcanza.
La cuarta al músico sirve;
y animal de bella estampa
es mi todo, al que no he visto
(y de ello doy á Dios gracias)
sino ó bien pintado, ó bien
encerrado en una jaula.

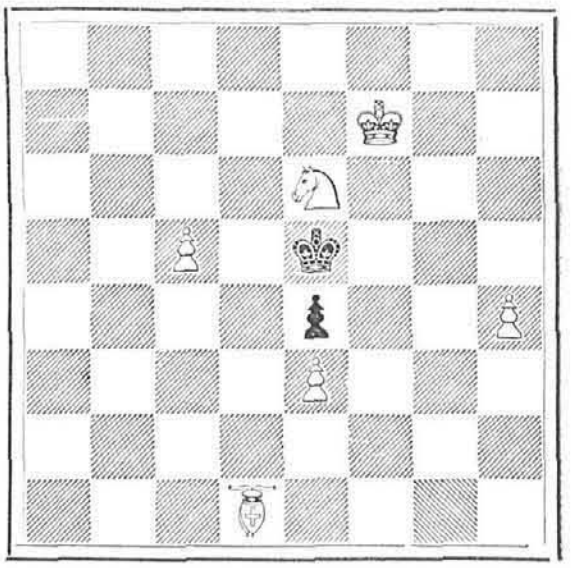
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 2.

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	Alfil quita Cab. Jaque.	T. quita A. (la mejor).
2.ª	T. quita T. Jaque.	Rey quita T.
3.ª	R.ª quita Cab. Jaque.	Rey quita R.ª
4.ª	Rey quita T.	Cualquiera cosa.
5.ª	Torre. Mate.	

PROBLEMA NÚM.º 19, POR OLLIVIERS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores cuyo abono proceda de fecha posterior á la en que empezamos á publicar la interesante novela EL CORSARIO NEGRO, y quieran recibir las entregas anteriores, pueden obtenerlas remitiendo á nuestra Administracion su importe á razon de un real de vellon por cada una.

JOYAS
DE
LA LITERATURA ESPAÑOLA.

COLECCION ESCOGIDA

esmerada y económica, de las obras notables de nuestros distinguidos autores.

HISTORIA de la Sagrada Pasion, por el P. Luis de la Palma. Un tomo en dozavo á 14 rs. en Cádiz y 16 en provincias.

HISTORIA del Cisma de Inglaterra, por el Padre Ribadeneira. Dos tomos en dozavo francés, de esmerada impresion; 12 rs. en Cádiz y 13 en provincias.

GUERRAS Civiles de Granada, por Ginés Perez Hita. Un tomo dozavo francés de esmerada impresion; 12 rs. en Cádiz y 13 en provincias.

FLOS SANCTORUM
ó
NUEVO AÑO CRISTIANO,

POR EL P. RIBADENEIRA.

Se han publicado los **cuatro primeros tomos** y en prensa el quinto: su precio 14 rs.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Cádiz y en las demás del reino.

Los Sres. de fuera de Cádiz que quieran hacerse de esta obra, podrán dirigirse á D. Federico Joly, calle de la Bomba n.º 1, Cádiz, acompañando el importe del pedido en sellos de franqueo ó libranza de tesorería.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España